

esto somos hombres «del deber». Bien es verdad que á veces danzamos en medio de nuestras cadenas y de las espadas; pero más á menudo rechinamos los dientes por nuestra mala ventura. Los imbéciles y las apariencias dirán que nosotros no conocemos el deber; ¡tendremos siempre contra nosotros á los imbéciles y á las apariencias!

227. La honradez—suponiendo que esta sea la única virtud que nos quede á nosotros, espíritus libres—la honradez es la virtud que debemos perfeccionar con toda nuestra malicia y todo nuestro amor, aun cuando su esplendor hubiera de circundar un día como una aureola dorada, azul y burlona de luz vespertina á esta civilización decrepita. Y si algún día nuestra honradez hubiera de detenerse, y gemir, bostezar, y hallarnos demasiado duros, y augurarnos alguna cosa mejor, más ligera, más tierna, acariciadora como el vicio, entonces nosotros, los últimos estoicos, permanezcamos duros, y enviémosla todos los diablos que tenemos en el cuerpo, nuestra náusea de las cosas necias é inciertas, nuestro *nitimur in vetitum*, nuestra temeridad de aventureros, nuestra curiosidad aguerrida y viciosa, nuestra íntima y refinada voluntad de dominar al mundo, ¡de aspirar á todos los imperios del porvenir, y vayamos en ayuda de nuestro «Dios» con todos nuestros «demonios». Es probable que se nos menospreciará y se nos calumniará; pero ¿qué importa? Se dirá: ¡su honradez son sus diablos! Pero, suponiendo que así fuera, ¿no fueron los dioses diablos bautizados y canonizados? Y por fin, ¿qué sabemos nosotros de nosotros mismos? ¿Cómo debe llamarse el espíritu que nos guía? «¡Es cuestión de nombre!» ¿Y cuántos espíritus se albergan en

nosotros? Seamos cautos, ¡oh, espíritus libres! para que nuestra honradez no resulte nuestra vanidad, nuestra pompa, nuestra imbecilidad. Toda virtud propende á la imbecilidad. «Estúpido hasta la santidad», dicen en Rusia. Guardémonos, pues, de ser tan honrados que resultemos santos fastidiosos! ¡La vida es demasiado breve para que debamos fastidiarnos! Sería preciso creer en la vida eterna, para...

228. Se me perdone el haber hecho el descubrimiento de que todas las filosofías morales fueron fastidiosas y pertenecieron á la familia de las *Somniferas*, y que nada hizo tanto daño á la virtud, como la *fastidiosidad* de sus patrocinados; mas con esto no pretendo desconocer su utilidad. Importa mucho que el menor número posible de individuos mediten acerca de la moral, y por esto mismo importa mucho, pero mucho, que la moral deje de ser interesante. Pero no hay cuidado. Las cosas son como siempre fueron; no veo en Europa nadie á quien se le haya ocurrido que el estudio de la moral, puede ser peligroso, comprometedor, corruptor y funesto. Véanse, por ejemplo, los incansables é inevitables utilitarios ingleses que avanzan y reculan, pisando y repisando las huellas del Bentham (en Homero hay una semejanza más expresiva), así como éste pisaba las huellas del honorable Helvecio (era un hombre infeliz este Helvecio, este senador *poco Curante*, como decía Galiani). Ninguna idea nueva, ninguna reproducción de una idea antigua, ni siquiera una verdadera historia de lo pasado; es en conjunto una literatura *inabordable*, como no se sepa condimentarla con un poco de malicia. Y todo esto, porque en estos moralistas (á quienes debe leerse, si acaso, con independencia de espíritu) se infiltró

el antiguo vicio inglés que se llama *caut*, y que es *hipocresía moral*, aunque con máscara científica; en todos ellos se encontrará cierta secreta manía de borrar los remordimientos que van inherentes á una raza de antiguos *puritanos*. (¿Por ventura no es un moralista el «*pendant*» del puritano, es decir, un pensador que discute la moral y la interroga como un problema? ¿No será tal vez inmoral el moralizar?) En resumidas cuentas, pretenden que la moralidad inglesa sea reconocida como superior á todas las demás; porque dicen que con eso se hace un gran servicio; ¿á quién? ¿A la humanidad? No. ¡A Inglaterra! Se esfuerzan por demostrar que el aspirar á la felicidad inglesa, es decir, al *comfort* y á la *fashion* (y si á mano viene, á una silla del Parlamento), es la verdadera senda de la virtud, y que todas las virtudes conocidas, en esto consistieron. Ninguno de estos animales de rebaño, pesados y de conciencia intranquila (disimuladores del egoísmo bajo la máscara de la felicidad común), quieren entender que el bienestar común no es un ideal, una meta, un concepto claramente formulado, sino sólo un vomitivo que á unos sirve y á otros no, y que la moral universal sólo es buena para dar náuseas á los hombres superiores, pues aún hay clases y diferencia entre moral y moral. Son individuos modestos y mediocres todos estos utilitarios ingleses; y en cuanto á fastidiosos, nunca podremos alabarlos bastante. Antes debiéramos animarlos hasta en verso:

«Yo os saludo, ¡oh, valientes carreteros! ¡Cuanto más tardos, mejor! ¡Cada vez más sucia la cabeza y las piernas, sin entusiasmo ni alegría, irremediablemente mediocres, sin genio y sin gracia!»

229. En aquellas civilizaciones tardías, que andan orgullosas de su humanismo, queda un miedo supersticioso de la «bestia salvaje y cruel» (de cuya destrucción se jactan precisamente aquellas épocas), que hasta las verdades más palpables permanecen por siglos y siglos comúnmente ignoradas, porque se teme que puedan devolver la vida á la fiera felizmente destruida. Quizá es un atrevimiento mío el dejar traslucir semejante verdad; otros quizá la tomarán por su cuenta y la harán beber tanta «leche de piadosas virtudes» (1) que la hagan quedar tranquila, muda y olvidada en su vieja madriguera. Menester es comenzar á pensar de diverso modo y á abrir bien los ojos en el asunto de la crueldad; menester es armarse de impaciencia para no tolerar más los triunfos insolentes de las virtudes que explicaron á propósito de la tragedia los filósofos antiguos y modernos. Casi todo lo que llamamos «cultura superior», se basa en la espiritualización de la crueldad; esta es mi tesis: la fiera no fué muerta; vive, prospera, sólo que ha sido divinizada.

El deleite doloroso que constituye la esencia de la tragedia, no es más que crueldad; todo lo que hay de sublime en la compasión trágica, así como en los supremos y delicadísimos escalofríos de la alta metafísica, obtiene su dulzura de la crueldad con que va mezclado. Todo el goce que saboreaban los romanos en la arena del circo, y los cristianos en los arrobos de la cruz, y los españoles ante las hogueras ó en las corridas de toros, y los japoneses cuando escuchan amontonados la tragedia, y los obreros parisienses que sienten la nostalgia de revoluciones sangrientas, y la *wagneriana* que escucha extática *Tristán é Isolda*,

(1) Proverbio alemán, sacado de *Guillermo Tell*, de Schiller.

no son otra cosa que los hechizos mágicos de la gran Circe que se llama *Crueldad*.

Es necesario emanciparse de una vez de aquella necia psicología que enseñaba consistir la crueldad en gozarse en los sufrimientos de otros; hay tanta superabundancia de goce en los sufrimientos propios. Cuando un hombre ha llegado á la mortificación en el sentido religioso, ó á la mutilación del propio cuerpo, como los fenicios y los ascetas, ó á la renuncia de los sentidos, á la contrición, á los espasmos de los puritanos, á la vivisección de la conciencia, al *sacrificio del entendimiento* de Pascal, ¿quién le persuade y le estimula? Es su crueldad; es aquel espasmo voluptuoso de la crueldad ejercida contra sí mismo. Finalmente, puede observarse que hasta el sabio, el intuitivo, cuando obliga á su espíritu á conocer *contrariamente* á las propias inclinaciones y á los deseos de su corazón; cuando le obliga á negar aquello mismo que querría afirmar, amar y adorar, entonces sobra como artista y transfigurador de la verdad; todo profundizar las cosas es por sí mismo una violencia, un dolor que sufre la *voluntad fundamental* del espíritu, la cual tiende incesantemente á las apariencias y á la superficialidad; ¡hasta la filosofía es una gota de crueldad!

230. Quizá de buenas á primeras no se comprenderá lo que entiendo por «*voluntad fundamental del espíritu*»: permítaseme una explicación. Aquella cosa imperiosa que el vulgo llama «*espíritu*», quiere ser señora de todo lo que halla en torno de sí y quiere sentirse señor; posee la voluntad de reducirse á la unidad desde la multiplicidad, voluntad estrictamente dominadora, imperiosa, tiránica. Sus necesidades y sus facultades son las mismas de todo ser vivo. La

fuerza de nutrición se manifiesta en una poderosa inclinación á asimilarse lo antiguo y lo moderno, á simplificar lo confuso, á ignorar ó eliminar las contradicciones; así como hace resaltar y sabe falsear ciertos rasgos característicos «del mundo exterior». Se incorpora nuevas experiencias, intercala cosas nuevas en categorías viejas, es decir, crece, ó mejor dicho, tiene el sentimiento del crecer, el sentimiento de la fuerza aumentada. A esta voluntad ayuda mucho, aunque al parecer opuesto, un instinto que se manifiesta por una resolución súbita de querer la ignorancia, por una exclusión arbitraria, por un cerrar de todas las ventanas, por una interna negación de tal ó cual cosa, por una prohibición de dejar salir el contenido, por una actitud de defensa contra muchas cosas dignas de ser bien sabidas, por cierta afición á la obscuridad, á los horizontes estrechos, á la afirmación, al aplauso de la ignorancia: todo esto es necesario al espíritu, según sea el grado de su potencia asimiladora, de su «*fuerza digestiva*», porque, á decir verdad, el espíritu tiene gran semejanza con el estómago.

A este capítulo pertenece la voluntad que el espíritu muestra de dejarse engañar, quizá con barruntos irónicos de que en efecto se engaña, pero le gusta. Asimismo es de notar, la satisfacción de moverse en la incertidumbre y en el equívoco, un íntimo sentimiento de júbilo por la deseada estrechez y secreto de un escondite, por todo lo que está muy vecino, por el «*proscenio*» por todo lo empujado, dislocado, embellecido; la satisfacción por la arbitrariedad de todas estas manifestaciones de la fuerza. Finalmente, conviene observar también aquella voluntariedad de engañar á otros, de fingirse órgano de una fuerza creadora, plasmadora y nobilísima: con esto saborea

el deleite de la multiplicidad de sus máscaras, de su astucia y de su seguridad, ¡precisamente sus artes proteicas son las que mejor le defienden y le esconden!

Contra esta voluntad de las apariencias, de la significación, de la máscara, del mando, en suma, de lo superficial, *reacciona* la inclinación sublime del pensador, que toma ó *quiere* tomar las cosas profundamente, de modo múltiple, radicalmente: es una especie de crueldad en la conciencia y en el gusto intelectual, que todo pensador habrá sentido en sí mismo, siempre que haya abierto el ojo y se haya sujetado á disciplina rigurosa y á palabras serias.

El dirá: «Hay algo cruel en la inclinación de mi espíritu.» Sí; pero que prueben los virtuosos y los amables á quitárselo de la cabeza! Realmente, sería muy bonito si en lugar de la crueldad se pudiera vituperar, imputar ó alabar en nosotros alguna otra cosa, por ejemplo, una honradez exuberante; ¡á nosotros, á nosotros espíritus libres! ¡muy libres! ¡como algún día los juzgará la fama! ¡Entre tanto (y aún queda tiempo) seremos los últimos en adornarnos con tales guirnaldas morales: todos nuestros trabajos nos hacen tomar hastío á tales gustos y á sus alegres pompas. Son palabras bellas, resplandecientes, resonantes, aparatosas: honradez, amor de la verdad, amor de la sabiduría, sacrificio por la ciencia, heroísmo por la simplicidad! ¡ya hay aquí para pavonearse la soberbia!

Pero nosotros, marmotas solitarias, en el secreto de nuestra conciencia de ermitaños, nos hemos convencido de que aun esta pompa de palabras pertenece al antiguo aparato de mentira de la inconsciente vanidad humana, y que aun bajo estos lisonjeros colores

vive y predomina el terrible texto fundamental «*homo natura*». Restituir el hombre á la naturaleza, dominar sobre las muchas interpretaciones vanas y sentimentales y enigmáticas que hasta hoy cubrieron con un barniz de brillantes colores el eterno texto fundamental «*homo natura*», hacer posible que de hoy en adelante el hombre se presente al hombre, endurecido en la disciplina de la ciencia, de la misma manera que hoy se presenta á la naturaleza con ojos imperterritos de Edipo, con las orejas cerradas de Ulises, sordo á las lisonjas de todos los ruseñores metafísicos, que no cesan de cantarle: «¡Tú eres más! ¡Tú eres más alto! ¡Tú eres de otro origen!» He aquí nuestra tarea. Será una tarea extraña y loca, pero al fin es una tarea. ¿Y por qué hemos escogido esta loca tarea? O bien, modificando la pregunta: «¿Por qué vais en pos del conocimiento á toda costa?»—se nos preguntará.—Y nosotros, puestos entre la espada y la pared; nosotros, que mil veces nos hemos hecho la misma pregunta, no hemos hallado ni hallamos una respuesta mejor que...

231. El aprender nos transforma á la manera que el alimento, cuyo efecto no es solamente la conservación de la vida, como sabe muy bien el fisiólogo. Pero en el fondo de nosotros mismos, allá en el fondo, hay seguramente algo que no se puede enseñar, un hecho espiritual granítico, con resoluciones y respuestas francas y de frente á ciertas cuestiones ingénitas.

En todo problema cardinal habla un inmutable «esto soy yo»; por ejemplo, acerca del varón y de la mujer, un pensador no puede mudar el curso de sus ideas, sino únicamente estudiarlas á fondo, esto es, descubrir las últimas consecuencias de lo que nació

con él. Se descubre de cuando en cuando algunas soluciones de estos problemas, en las cuales creemos fuertemente y las llamamos *convicciones*. Pero más tarde, vemos que estas convicciones y soluciones no son sino huellas que nos conducen al conocimiento de nosotros mismos, piedras miliarias en el camino de la solución del problema que *somos nosotros*, ó más exacto, de la gran necesidad que somos, de nuestro hado espiritual, de aquello fundamental en nosotros que *no puede enseñarse*.

Gracias á estos cumplimientos que á mí mismo me hago, se me dará licencia para decir algunas verdades acerca de la mujer *in se*; tanto más que estas verdades son *mis* verdades.

232. La mujer quiere hacerse independiente; y para comenzar quiere enseñar á los hombres la esencia de la *mujer*, lo cual es uno de los más odiosos progresos del embrutecimiento general de Europa. ¡Qué cosas tan feas saldrán á luz en estas experiencias con que la mujer quiere ponerse al desnudo! Hartos motivos tiene la mujer para ser pudorosa: ¡hay en ella tanta superficialidad, tanta superabundancia de cosas aprendidas en la escuela, de cosas pequeñas, presuntuosas, desenfundadas é inmodestas! Basta considerar las relaciones de la mujer con los niños. ¡Tantas cosas, que hasta hoy no tuvieron otro freno que el *miedo* al hombre! ¡Ay de nosotros, si el *eterno fastidioso* de la mujer hallase ancho campo! ¡Si la mujer tuviera que olvidar su modestia y sus artes, que son la gracia, el amor, el disipar los cuidados, el hacer agradable la vida, el enseñar á no tomarla nunca en serio y si tuviese que desamparar su fina maña de despertar apetitos deleitosos!

Oyese un clamor de voces femeniles que ¡por san Aristófanes! mete miedo; óyense amenazas de una precisión médica acerca de lo que la mujer *exige* y *exigirá* del hombre. ¿No es cosa de mal gusto esto de que se meta á sabia? Hasta hoy, gracias á Dios, el explicar las cosas era oficio de los hombres, era un dote de los varones, y así todo quedaba «en familia». Por lo demás, considerando todo lo que las mujeres escriben acerca de la «mujer», es lícito dudar si las mujeres *quieren* explicarse, ó si *pueden* quererlo. O tal vez va con esto la mujer en busca de un nuevo adorno, porque parece que el adorno es parte integrante del «eterno femenino». En tal caso es que quiere inspirar miedo de sí misma, y con esto quizá conquistará el poder. Pero la verdad... no la quiere; ¡qué la importa á la mujer la verdad! Desde que el mundo es mundo, para la mujer no hay cosa más extraña más antipática y enemiga que la verdad; su gran arte consiste en la mentira; lo que más le preocupa es la apariencia, la belleza. Confesémoslo los hombres; nosotros amamos precisamente este arte, este instinto de la mujer; como somos tan graves y pesados, nos gusta la compañía de unos seres, entre cuyos dedos, entre cuyas miradas, entre cuyas tiernas locuras, toda nuestra seriedad, nuestra gravedad y nuestra profundidad parecen una gran insensatez. Y finalmente, pregunto yo: ¿Hubo jamás una mujer que concediese profundidad á una cabeza de mujer, justicia á un corazón femenil?

Y en tesis general, ¿no es cierto que quién mayormente menosprecia á la *mujer* fueron siempre las mujeres mismas? Nosotros de ninguna manera. Los hombres deseamos que la mujer no comprometa su porvenir con las luces del progreso. También la iglesia,

previsora y compasiva, decretó: *mulier taceat in ecclesia!* Con el mismo piadoso fin, Napoleón hizo entender á la locuaz madama de Stael: «*mulier taceat in politicis!*», y yo creo ser un buen amigo de las mujeres, cuando las aconsejo: *mulier taceat de muliere.*

233. Es un indicio de corrupción de los instintos y de mal gusto, cuando las mujeres apelan á madama Roland, ó la señora de Stael, ó á Jorge Sand, como si esto probase algo en favor de la mujer. Para nosotros los hombres, esas tres señoras fueron grandes cómicas y nada más! Y esto nos da precisamente un buen argumento *ad mulierem* contra la emancipación y la autonomía de la mujer.

234. ¡La estupidez en la cocina! ¡La mujer cocinera! ¡Con qué horrible descuido se provee á la alimentación de la familia y del amo de casa!

¡La mujer no comprende qué *significa* la alimentación, y quiere ser cocinera! ¡Si la mujer fuese una criatura pensante habría descubierto, durante millares y millares de años, en su «oficio culinario», grandes fenómenos fisiológicos y habría sabido monopolizar la medicina! Por culpa de tan pésimas cocineras, por la falta absoluta de razón en la cocina, se ha impedido y dañado el desarrollo del hombre, y aun hoy en esto hemos ganado poco.

Este sermón va dirigido á las alumnas de los cursos superiores.

235. Hay perífrasis y flechas del espíritu, sentencias, pequeños grupos de palabras, en que se cristaliza de improviso, toda una civilización, toda una sociedad. Sirve de apoyo á mis palabras, el consejo

que daba la señora De Lambert á su hijo: «No te permitas otras locuras que las que te den gran gusto». Dicho sea entre nosotros, estas son las palabras más juiciosas y maternales que haya oído jamás un hijo.

236. Lo que Dante y Goethe creyeron de la mujer, aquél cuando cantó «*Ella miraba al suelo y yo á ella*», y éste cuando tradujo libremente aquel verso con «*el eterno femenino que nos realza*», no dudo que se guardará muy bien de aprobarlo toda mujer distinguida, porque ellas creen lo mismo acerca del *eterno masculino*...

237. Siete proverbios de la mujer.

*
*
*

Los cuidados huyen cuando un hombre se pone á nuestros pies.

*
*
*

La edad ¡ay! y la ciencia dan fuerza á la débil virtud.

*
*
*

Vestido negro y discreción visten de ingenio á la mujer.

*
*
*

¿A quién debo mi felicidad? A Dios y á mi modista.

*
*
*

De joven, una caverna con puerta de flores; de vieja, sale de allí una víbora.

*
*
*

Nombre ilustre, buen talle y, por añadidura, hombre; ¡oh, si fuera mío!

*
**

Pocas palabras mucho sentido; ¡tres higas á la tontal

237 bis. Las mujeres fueron hasta hoy tratadas por los hombres como otros tantos pajarillos que de cualquier árbol volaran perdidos en derredor; como una cosa muy delicada, muy frágil; fiera extravagante, dulce, llena de vida, pero siempre como una cosa que es preciso encerrar para que no huya volando.

238. Negar el profundo antagonismo entre el hombre y la mujer, y la necesidad de una tensión constantemente enemiga entre los dos sexos; el soñar con iguales derechos, con igual educación, con iguales aspiraciones y deberes, es el indicio típico de una mente superficial, y el pensador que tan superficial se ha mostrado en este escollo, revela que no ahonda mucho en las demás cuestiones fundamentales de la vida, incluyendo la cuestión de la vida futura. Por el contrario, un hombre profundo en su espíritu y en sus apetitos, aun cuando posea aquella profundidad de la benevolencia que es conciliable con el rigor y con la severidad, pensará de la mujer como piensan los orientales: como una propiedad que él tiene derecho de poner bajo llave; como una cosa predestinada á servirle, y que con servirle logra su propia perfección, apoyándose para esto en la inmensa prudencia asiática, en la superioridad de los instintos asiáticos, como hicieron los griegos, los mejores discípulos del Asia, los cuales, desde Homero á Pericles, según crecían en cul-

tura y fuerza, así iban creciendo en rigor contra la mujer, es decir, que se orientalizaban cada vez más. Y esto fué necesario, lógico, muy de desear; medítese en el asunto, que vale la pena.

239. En ninguna época fué tratado el sexo débil con tantos miramientos como ahora; esto forma parte de la tendencia democrática, como también de la falta de respeto á la antigüedad: ¿por qué nos maravilla, si se abusa de tales miramientos? Ahora exigen más; tienen por ofensa el tributo de amor; prefieren la concurrencia, la lucha; en suma, la mujer va perdiendo su pudor.

Y también va perdiendo el buen gusto. Va olvidando su temor al hombre; pero la mujer, que no sabe ya temer, renuncia á sus más esenciales instintos. Que la mujer abuse de las honras que se le tributan, queriendo hacerse igual al hombre, se comprende fácilmente; lo que es difícil de comprender es que esto mismo sea la causa de la degeneración de la mujer. Porque la mujer degenera; no nos engañemos. Dondequiera que el espíritu industrial ha logrado la supremacía sobre el espíritu militar y aristocrático, la mujer tienda á conquistar la independencia económica y legal de un empleado: la mujer-empleado está en el umbral de la nueva sociedad que se está formando. Mientras toma posesión de nuevos derechos, y quiere ser «dueña» y escribe en su bandera «emancipación», sobreviene con terrible precisión lo contrario: *la mujer retrocede*.

Desde la revolución acá se ha ido disminuyendo la influencia de la mujer, á medida que aumentaron sus pretensiones: la *emancipación de la mujer*, en cuanto querida y favorecida por las mismas mujeres, se re-

vela como un síntoma curioso de la progresiva debilitación de los instintos esencialmente femeninos.

Hay en tal movimiento una estupidez casi masculina, de la cual debía avergonzarse toda mujer sensata. Perder los medios que más conducen á la victoria; descuidar el ejercicio de las armas que son propias de las mujeres; mancharse con «el libro», en lugar de la educación severa y de la ingeniosa humildad; demoler la fe del hombre en el «eterno femenino», la creencia en un ideal fundamentalmente diverso del suyo y *oculto* en la mujer; tratar de persuadir al hombre que la mujer no es ya un animal doméstico más delicado, fiero y agradable, que reclama ser mantenido, protegido y compadecido; acumular y exhibir todas las maneras de esclavitud á que estaba sometida la mujer, y lo está todavía (como si la esclavitud no fuese una condición necesaria de toda gran civilización), ¿qué significa todo esto, sino un arruinarse de los instintos femeninos, una «desfeminación»? ¡Y que haya tantos amigos y corruptores imbéciles de la mujer entre los asnos doctos del género masculino, los cuales aconsejan á la mujer que se desfemine y que imite todas las insensateces que van destruyendo la *virilidad* europea, y que quieren rebajar á la mujer hasta el nivel de la cultura general, de la lectura de periódicos y del politiquero! ¡Y se las quiere hacer espíritus libres, literatas, como si una mujer irreligiosa no fuese, aun para el hombre ateo, algo repugnante y ridículo! ¡Y se corrompe sus nervios con la música más enfermiza y peligrosa (con la música alemana modernísima), y se las hace cada día más histéricas y menos aptas para su primera y última misión, que es la de traer al mundo hijos sanos! En general, se quiere «civilizarlas», ó, como dicen, hacer *fuerte* al sexo débil por me-

dio de la cultura, como si la historia no nos enseñara que civilización equivale á debilitamiento, desorganización y deterioro de la *fuerza de voluntad*, y que las mujeres más influyentes del mundo (la última fué la madre de Napoleón) debieron su influencia y su poder precisamente á la fuerza de su voluntad, y no á los maestros de escuela!

Aquello que en la mujer nos inspira respeto y alguna vez temor, es su *naturaleza*, la cual es mucho más *natural* que la del hombre; su movilidad, su agilidad de pequeña fiera, la uña de tigre que esconde bajo el guante perfumado, su egoísmo ingenuo, su ineptitud para la educación, lo inconcebible, desmesurado y extravagante de sus deseos y de sus virtudes... Y aquello que nos inspira piedad hacia este gato peligroso que se llama «mujer», es el estar más sujeta que nosotros á sufrir, el ser más sensible, más necesitada de afecto, más accesible á las desilusiones que cualquier otro animal. Temor y piedad: he aquí dos sentimientos que hasta ahora experimentaba el hombre ante la mujer, siempre con un pie en la tragedia, que despedaza mientras entusiasmo. ¿Eh?

Y ¿ahora deberá concluirse todo esto? ¿Deberá trabajarse al desencantamiento de la mujer? Y ¿habrá de hacerse de ella el más fastidioso de todos los seres? ¡Oh, Europa, Europa!

¡Bien conocemos el animal cornudo que tú has preferido á todos los demás y que amenaza ser te peligroso!

La vieja fábula todavía podría resultar historia; ¡la imbecilidad desmesurada todavía podría posesionarse de ti y arrastrarte consigo! Pero con la diferencia de que esta imbecilidad no serviría de máscara á un Dios, sino á una «*idea*», á una «*idea moderna*».